



EL DIABLO DEL CHARCO NEGRO

(Leyenda de tradición oral santacrucera)

Entre las leyendas de tema local que la tradición oral ha conservado vivas y transmitido a las sucesivas generaciones, destaca la del Charco Negro, donde siempre se afirmó que habitaba el Diablo.

Quienes conozcan el paraje saben que todo en él abona la creencia: La que empieza por ser amplia cañada de la Veguilla, al pie de los Yesares, va estrechándose poco a poco y de pronto se cierra entre dos ásperas laderas y se hunde en un talud profundo y negro. Masas de ovas colgantes, lastones espesos y zarzas profusas impiden ver las resonantes aguas que se despeñan por la escotadura para caer en un socavón, ancho, hondo y oscuro, que lleva el nombre, perfectamente merecido, de Charco Negro. El hecho de estar de cara al norte, le hace más umbrío, pues nunca le da el sol, y en invierno el hielo cuelga la filigrana de los carámbanos durante meses en los salientes del risco y en las plantas que en él nacen.

Para quienes aman las bellezas naturales, resulta un rincón sorprendente, casi extraordinario y desde luego ameno; pero a quienes creen en la existencia de fuerzas misteriosas y de seres malignos que las gobiernan, les parecerá el sitio más adecuado para ocultarse los trasgos y demonios, enanos, gigantes y otros miedos. Reconozco y declaro que hay en el paraje una especie de atmósfera o ambiente misterioso y amenazador, algo ominoso y frío que se mete dentro de uno.

Y quisieron las circunstancias que yo experimentara en este paraje uno de los sustos mayores de mi vida.

Ya había oído decir a muchas personas que el diablo habitaba en el Charco Negro. También a mi padre. Los que tal decían, unos al parecer hablaban en serio, y otros, con una sonrisa burlona y escéptica. Mi padre era de éstos. Yo, hablando con franqueza, no afirmo ni niego si creía o no en la leyenda; pero confieso con igual franqueza que cuando pasaba por la sendilla que bordeaba, y supongo que seguirá bordeando, el Charco por el nacimiento, al mirar hacia el fondo, tan hondo y sombrío, me entraba cierta aprensión.

Y un día de marzo de 1937, cuando



El charco negro, un bonito lugar creado por la naturaleza.

careábamos en las inmediaciones, desde la sendilla citada descubrí en la penumbra del lado opuesto, un galápagos enorme que descansaba junto al borde del agua. Pensé en lo que había oído decir de que las brujas y los demonios pueden cambiar de figura, convirtiéndose en cualquier cosa con sólo desearlo, y, si quieren, hacen surgir los fenómenos más raros y producir las desgracias más grandes que es posible imaginar.

Algo de esto pensaba yo mientras miraba al reptil, y como si el miedo suscitara a su vez un desafío, todo ello mezclada

do con la curiosidad infantil, me dispuse a bajar hasta el barrancón, cruzar el arroyo y llegar hasta el rincón donde el galápagos o lo que fuera estaba esperándome. Pensaba, también, que mientras tuviera en mis manos el grueso garrote...

De modo que bajé, crucé el arroyo, me calé los pies, llegué, garrote en alto, junto al galápagos; él se zambulló en la charca, yo resbalé en las ovas que cubrían el suelo enaguachado; caí de rodillas y en aquel instante el aire se llenó de un fragor extraño, que aumentó rápidamente hasta hacer temblar el suelo y luego culminó en un



horrisono que al retumbar en los riscos y barrancos creció en mil ecos, que lo llenaron todo. Y simultaneado con ésto, una sombra veloz que cruza sobre mí y una lluvia de tierra y piedras cayendo a mi alrededor.

Por unos instantes quedé acurrucado sobre el suelo encharcado, con la cabeza aturdida, los oídos atronados y zumbándome como si dentro de ellos tuviera un enjambre de moscardones.

Mientras me reponía y disminuía el estruendo, comprendí lo ocurrido. Me bastó columbrar la fugaz y bonita silueta verde oscuro del "chato" en vuelo rasante hacia el aeródromo, situado en "La Mueda", al sur del pueblo, y a menos de tres kilómetros.

Aunque era avión de caza ligero, el I15 o "chato" a veces cargaba pequeñas bombas; pero, al parecer, no podía aterrizar con ellas a bordo.

Por éso, el de marras, al regresar "tocado" desde el frente del Jarama, hallándose próximo a su base, el piloto, sin duda un hijo de la gran Rusia, lanzó la bomba a "le caiga al que le cayere", y no causó una carnicería en el rebaño porque el artefacto explotó en un plano más ele-



Arroyo del Charco Negro, en el paraje "Los Barrancos"

vado que el del terreno ocupado por el hatajo, pero a no más de cincuenta metros, y produjo entre las reses un tremendo pánico, que las desmandó.

Con la desaprensiva conducta del piloto se concitaron tales coincidencias y re-

sultó tan extraño el suceso, que tomé todo ello como obra del mismísimo diablo, del DIABLO DEL CHARCO NEGRO.

Jerónimo-Gregorio Navarro

EL BRINCO DEL ASNO

(El porqué de un nombre)

Todos los santacruceros saben, sin duda, que este es el nombre de un risco existente en los Barrancos, un poco más

abajo de la desembocadura de la Cárcava de la Caracha. Lo que probablemente no sepan es el porqué del nombre, aunque

puede deducirse con facilidad: Porque un asno saltó desde lo alto.

Así fue, ciertamente; pero como también sabemos que los animales son más reacios que las personas a suicidarse, el salto debió ser involuntario. Y lo fue, en efecto.

La culpa la tuvo el amor, o como queramos llamar al celo de los animales.

Porque se dice que el asno en cuestión perseguía encelado a una burra y corriendo detrás de ella por el llano, al llegar al borde del risco, la burra pudo torcer a tiempo la carrera y salvarse; pero el burro, menos advertido o más impetuoso, no lo consiguió, y se precipitó por el risco, matándose en la caída.

Así tomó el nombre con el cual es conocido este peñón.

Y si dijeran ser comento, como me lo contaron yo lo cuento.

Jerónimo Gregorio Navarro



Riscos pertenecientes a los terrenos de abajo.